
Carlos Gil Arbiol, *Escritos paulinos*, Estella: Verbo Divino, 2024, 650 pp., 16 x 24, ISBN 978-84-9073-957-0.

El presente volumen sustituye en la colección “Introducción al Estudio de la Biblia”, de la Asociación Bíblica Española, al publicado en 1998 por Jordi Sánchez Bosch, y que llevaba el mismo título. El autor ofrece un texto de completa nueva redacción, actualizado, que incluye la investigación de los últimos casi tres decenios. El libro se presenta como un manual sobre las cartas paulinas. Consta de tres grandes partes. En la primera (pp. 21-249) se encuentran los temas introductorios. Consta de tres capítulos: introducción a los estudios paulinos, vida de Pablo y características literarias de las cartas paulinas. En la introducción se habla tanto del contexto general de Pablo (Imperio romano y judaísmo) como de Pablo dentro del naciente cristianismo. También se habla de las nuevas perspectivas sobre Pablo y de su lugar en la teología cristiana. Todos los capítulos acaban con unos ejercicios y con una breve bibliografía comentada. El capítulo dedicado a la vida de Pablo, que ocupa más de cien páginas, aborda las cuestiones de las fuentes y la cronología, y desarrolla la vida del Apóstol en tres grandes etapas, que el autor denomina “la defensa del judaísmo”, “la vocación y primeros años”, y “la misión independiente”. Respecto a las características literarias de las cartas pauli-

nas, Carlos Gil habla de las cartas en la Antigüedad, de cómo se refleja la retórica clásica en las cartas de Pablo y de las características literarias propiamente dichas del corpus paulino. La segunda parte del libro (pp. 251-539), que engloba los capítulos cuatro a diez, estudia las siete cartas que la mayoría de los estudiosos de hoy día consideran como auténticas paulinas: la primera a los Tesalonicenses, la primera a los Corintios, la dirigida a los Gálatas, la segunda a los Corintios, la carta a los Filipenses, la carta a Filemón y la carta a los Romanos. Cada capítulo consta de dos subpartes: una dedicada a la situación de composición de la carta y otra dedicada a la respuesta de Pablo (hablando de Romanos, estrategia de composición). En el capítulo dedicado a la carta a Filemón se añade un epígrafe dedicado a la esclavitud en el Imperio romano del siglo I d.C. También al hablar de 2 Corintios se suman otras cuestiones más específicas de ese texto. La tercera parte, por último (pp. 541-644), que lleva como título “Las cartas deuteropaulinas”, consta de tres capítulos, uno dedicado a Colosenses y Efesios, otro a la segunda carta a los Tesalonicenses y otro a Tito y 1 y 2 Timoteo.

No pretendo aquí hacer un examen detallado del volumen, sino tan solo dar noti-

cia de su publicación y decir cuál es su contenido general. Sí me gustaría hacer unas reflexiones más generales sobre el libro en cuanto manual de las cartas paulinas. El autor ofrece al principio los presupuestos con los que ha realizado su obra: se sostiene la existencia de una escuela paulina que, a lo largo, de medio siglo, ha producido parte de los textos que componen el “canon paulino”; esta labor se ha llevado a cabo en un periodo especialmente convulso; se da una gran relevancia al marco histórico y social de las circunstancias de composición, destacando la singularidad de cada escrito; se busca una interpretación según el sentido de la cosmovisión que tenían los diversos autores (pp. 16-17). Carlos Gil afirma que incluso cuestiones de calado en las que ha habido un consenso más unánime hasta hace poco están ahora en discusión (p. 18) y que opta por ofrecer, por un lado, una visión razonada y justificada y, por otro, aportar una bibliografía y unas referencias que sirvan para un estudio y profundización posterior por parte de quien lo desee. La lectura de su volumen, desde el inicio, corrobora lo que se ha dicho, al mencionar numerosas cuestiones disputadas, sostenidas, aquí y allá, por hipótesis más o menos plausibles, aunque a menudo no determinantes, y al proponer, también con más o menos vigor, según el tema, sus propias opciones. Desde este punto de vista, el trabajo de Carlos Gil ofrece, sobre todo en algunos temas, un completo *status quaestionis* actualizado. Personalmente, me inclino por pensar que no se trata de un manual de introducción a los escritos paulinos para quienes se acerquen a ellos por primera vez. Entiendo que provocaría demasiadas perplejidades, aunque el mismo autor afirma querer evitar la impresión de confusión (p. 18). Por un lado, por el mismo hecho del cuestionamiento continuo, como, por ejemplo, cuando se hacen afirmaciones que inducirían a pensar que, en el libro de los Hechos de los Após-

toles, historia (vital no reducir la noción de historia a la concepción que, *de facto*, tienen las metodologías histórico críticas y no pocos acercamientos) y teología (a la que parece relacionarse al hablar de Hechos con una “reconstrucción” literaria de una supuesta historia que apoye la intención del autor) son dimensiones que se excluyen (cfr. pp. 138-139). Por otro, podría también sorprender el espacio tan grande que se dedica a las cuestiones introductorias en relación a las cartas mismas. Ciertamente, el contexto es fundamental. Pero, al mismo tiempo, las grandes líneas de los escritos son claras, y la introducción de factores que, fácilmente, podrían dar lugar a extrapolaciones, aunque lo que se quiera evitar es lo contrario, puede ir en detrimento de la claridad e incluso del acceso al pensamiento que subyace en los textos.

El navegar continuo por una pluralidad de perspectivas, que es fácil aplicar también a la identidad misma del cristianismo primitivo, necesita del equilibrio que dan los análisis sincrónicos y de un recurso mucho más relevante a la lectura que de esos textos ha hecho la Iglesia en los primeros siglos después de Cristo. Es aquí donde, aunque lo propio de la exégesis sea el estudio de unos textos usando las herramientas propias de la filología y de la historia, dado el carácter peculiar del texto bíblico, se hace imprescindible un trabajo que tenga en cuenta como base, y de una forma radical (en cuanto raíz), lo que se desprende de las nociones teológicas de revelación, inspiración y canon. Los Padres de la Iglesia, por ejemplo, al comentar estas cartas, sin renunciar al contexto originario y a las cuestiones de composición (unos más que otros), las leían desde el conjunto de una fe, y eso, a la postre, se convertía en criterio hermenéutico irrenunciable. Leer a la luz de la fe, por supuesto, no es renunciar a la historia, sino recurrir a dicha fe como luz que guía en la lectura de esos textos que son historia y teología al mismo tiempo.

La fe que la Iglesia profesa y vive ilumina dichos textos, en los que, por otra parte, ella se reconoce, pero su identidad y su fe no surgen de ellos. Lo que, en último término, el creyente busca al leerlos no es una forma de vivir o una praxis, más o menos ligada a las costumbres y al pensamiento de personas de un tiempo y un lugar determinados, sino la manifestación de una fe que las fue sacando, poco a poco, de una forma de vivir y concebir su existencia, y que es capaz de hacer eso mismo en todo tiempo y con toda persona. Una fe vivificadora. Una fe que mira a una persona, Cristo, que siempre está viva, no a un sistema de ideas. Anclar demasiado los textos a un pasado, hace de ellos un acceso, más o menos acer-

tado, al mundo de entonces, pero, al mismo tiempo, dificulta ver en ellos la encarnación que nos transmite algo que está vivo y que da vida. Desde este punto de vista, hacer una separación tan nítida entre cartas protopaulinas y deuteropaulinas u obviar la carta a los Hebreos (el mismo san Jerónimo dudaba que fuera paulina, pero no dudaba de su lugar en su tradición), limitan el acceso al conjunto del maravilloso edificio teológico de Pablo, cuyo rostro se perfila con nitidez solo en el todo de la colección paulina.

Juan Luis CABALLERO
 Universidad de Navarra
 DOI 10.15581/006.57.2.472